

Le Corbusier en su taller, 1955. (Fotografía: Imagno/Getty Images)

# Le Corbusier, fascista

Jorge Vázquez Ángeles

A CINCUENTA AÑOS DE LA MUERTE DE LE CORBUSIER, ocurrida el 27 de agosto de 1965, el Centro Pompidou de París ha inaugurado la exposición “Medidas de un hombre”, una amplia muestra que incluye no sólo sus obras arquitectónicas más emblemáticas, también sus pinturas y esculturas. Aprovechando la coyuntura, han salido al mercado francés dos nuevos libros sobre Charles Édouard Jeanneret-Gris, verdadero nombre del arquitecto nacido en La Chaux-de-Fonds, Suiza, en 1887, para señalarlo abiertamente como partidario del fascismo y colaborador de los nazis durante la ocupación francesa: *Le Corbusier, un fascisme français*, de Xavier de Jarcy, y *Un Corbusier*, de Francois Chaslin. La historia no es nueva: ya Marc Perelman lo había señalado en su libro *Le Corbusier, una visión fría del mundo*, publicado en 1979.


La información sobre su antisemitismo e inclinación por Hitler no eran un secreto; en diversas cartas que escribió durante los años de la guerra, Le Corbusier dio claras muestras de su posición política e ideológica. Sin querer justificar su filiación, vale la pena pensar en un aspecto que caracteriza los pensamientos de Hitler y Le Corbusier: ambos proyectaron ciudades ideales que no pudieron realizar —el primero, la *Welthauptstadt Germania* en Berlín, de la mano de Albert Speer; el otro, París—; en ambos casos, lo que se buscaba era la destrucción de un pasado que, como un ancla, condenaba a los hombres a la repetición de vicios y costumbres indignas; no deja de llamar la atención que tanto el canciller alemán como el arquitecto consideraban que sus ciudades eran sucias e insalubres, y por ello había que reconstruirlas a partir de un plan preciso, exacto, que no dejara nada a la improvisación.

El Plan Voisin (1925), de Le Corbusier, consistía en la demolición de cuarenta hectáreas de la capital parisina, del lado derecho del Sena, para levantar rascacielos en forma de cruz de ciento ochenta metros de alto, rodeados de jardines, edificios más pequeños destinados a vivienda y un sistema de circulaciones que separaba al peatón de los coches. Coincidentemente, ese mismo año Georges Valois fundó Le Faisceau, partido francés abiertamente fascista. El 9 de enero de 1927, probablemente usando sus características gafas negras, Le Corbusier apareció en la portada de *Le Nouveau Siècle*, órgano de difusión del partido. Cuatro meses después, el 1 de mayo, el famoso dibujo a un punto de fuga del Plan Voisin ilustraba la primera plana, seguido de un texto en el que Le Corbusier explicaba el polémico proyecto. Poco después, ante un nutrido grupo de fascistas, “El Cuervo” presentó una exposición con diapositivas explicando la “nueva ciudad” francesa, ante el regocijo de Valois quien veía en esos rascacielos la representación del verdadero espíritu fascista.

Tras la caída de Francia, ocurrida el 25 de junio de 1940, Le Corbusier envió una carta a su madre: “La derrota de las armas me parece una milagrosa victoria. Si hubiéramos ganado, la podredumbre habría triunfado y nada limpio habría podido subsistir”.<sup>1</sup> Como puede verse, al arquitecto le preocupaba sobremanera la higiene.

---

<sup>1</sup> [http://cultura.elpais.com/cultura/2015/04/29/actualidad/1430334732\\_309042.html](http://cultura.elpais.com/cultura/2015/04/29/actualidad/1430334732_309042.html)



Le Corbusier demuestra el principio de su método de construcción plana. (Fotografía: Felix Man/Getty Images)

Años antes, en junio de 1938, en su texto “La carretera”<sup>2</sup> Le Corbusier cuenta cómo el Ministerio de Defensa le solicitó un análisis para emprender una serie de reformas urbanas a fin de encontrar la mejor solución para evacuar París en caso de un ataque aéreo. Desde luego que el arquitecto, que siempre que podía llevaba agua a su molino, respondió que dadas las condiciones actuales era impensable una solución a corto plazo para dicho problema. La única salida era la densificación: elevar la ciudad cinco metros por encima del suelo, construyendo edificios de vivienda de cincuenta metros de altura para alcanzar una densidad de mil habitantes por hectárea (diez metros cuadrados por persona). La intención de Le Corbusier era la de crear una ciudad donde los edificios ocuparan poco espacio (doce por ciento del terreno), destinando el resto a parques y jardines. En las épocas actuales en que tanto se habla de ecología y medio ambiente, la idea suena bastante bien, pero conlleva riesgos y peligros que se han demostrado una y otra vez con la construcción de unidades habitacionales que parten de este mismo principio. Escribía Le Corbusier en el mismo texto:

La superficie de París intramuros (fortificaciones de Napoleón III) es de 76 kilómetros cuadrados, o sea 76 000 hectáreas. Para alojar 3 000 000 [de habitantes] bastan 3 000 hectáreas. Agregamos a estas 3 000 hectáreas las superficies precisas para la administración pública (450), artesanado (500), comercio (120), y la zona histórica adecuadamente conservada (245), así como los parques existentes. Con ello advertimos que queda un suelo disponible de unos 33 kilómetros cuadrados, es decir, 3 300 hectáreas, destinadas a no ser construidas, es decir terrenos libres. [...] Se trata, por tanto, de una ciudad verde, enteramente nueva en los anales del urbanismo. [...] Los cálculos demuestran que las ciudades con espacios despejados, que tienen el aspecto desde el aire de una delgada filigrana, y que sólo ocupan el 12% del territorio son, *a priori*, aptas para resistir un ataque aéreo.

Más adelante, razonaba que en una ciudad típica, tal y como la conocemos, construida sobre muros portantes (de carga) y alineada a lo largo de las calles-corredor, en caso de un ataque aéreo:

(...) las bombas encuentran un blanco seguro en la cerrada red de construcciones. Los incendios se propagan con una facilidad extraordinaria. La explosión es desastrosa por el taponamiento producido por la estrechez del espacio libre y la resistencia masiva de los muros portantes. Es el caso de los bombardeos espaciales cuyas consecuencias catastróficas conocemos desde hace un año. Los gases nocivos se depositan en las calzadas y en los patios de los que es imposible sacarlos...

Le Corbusier deseaba, a toda costa, llevar a cabo sus planes. A estas discusiones acudían otros militares, entre ellos el mariscal Philippe Pétain, quien tras la caída de París encabezaría el gobierno títere con capital en Vichy. Por ello, no es de extrañarse que Le Corbusier, hacia 1941, se trasladara a esa capital espuria para trabajar en una oficina desde la cual se prepararían los nuevos planes urbanísticos y la reconstrucción una vez terminada la guerra. Sin embargo, como ocurrió con otras personas en otros ámbitos, el hecho de que Le Corbusier hubiera viajado a Rusia para construir el Palacio del Centrosoyus en Moscú (1929-1936), y por su participación en el concurso para el Palacio de los Soviets (1931), en el que Stalin, poseedor de un gusto refinado, se decantó por un edificio semejante a un


<sup>2</sup> <http://www.ddooss.org/articulos/textos/LeCorbusier.htm>

pastel que, para bien o para mal, no llegó a construirse. A pesar de su colaboracionismo con la Alemania nazi, Le Corbusier no sufrió ningún castigo. Al final de la guerra, cien mil colaboracionistas fueron sentenciados por los tribunales, mientras que quinientos más fueron fusilados por traición a la patria. En el verano de 1945, el Ministerio de Reconstrucción le solicitó a Le Corbusier un estudio para desarrollar su concepto de unidad habitacional, que se materializaría en Marsella (1947-1952). Era la primera vez que, de manera libre, pudo poner en práctica su concepto de la vivienda moderna, elevada sobre pilotes y de muy alta densidad.

Dice Louis L. Snyder en el último capítulo de su libro *La guerra. 1939-1945*:

2 191 días duró la Segunda Guerra Mundial (...) [en Francia] medio millón de casas fueron totalmente destruidas y un millón y medio recibieron graves daños. El país quedó sembrado de puentes hundidos, fábricas voladas y granjas arrasadas. De su parque de 17 000 locomotoras, sólo subsistieron 3 000 al final de la guerra; el diez por ciento del tendido ferroviario fue destruido. (...) La Francia de la postguerra estaba hundida en un caos moral.

¿Fue Le Corbusier fascista, colaboracionista, traidor? ¿Un megalómano capaz de hacerle la cena a Hitler para poner en práctica sus planes urbanos? ¿El fin justifica los medios?

Al final, tras fallecer de un ataque al corazón mientras nadaba en el Mediterráneo, Le Corbusier fue velado con honores en el Museo de Louvre. André Malraux, quien encabezó el funeral de estado, dijo en una parte de su discurso: “El más revolucionario por ser el más insultado”. 

El Plan Voisin para la ciudad de París, proyectado por Le Corbusier en 1925

